

LA PIEDRA DEL MINAR-E-JAM

Tardamos nueve horas en recorrer los 120 km y superar los trece pasos de montaña entre Chagcharan y Shahrak. Al anochecer, montamos el campamento cerca de una cañada y encendimos una fogata. Fue Zaher quien mencionó la cercanía del Minar-e-Jam, a apenas 50 km de allí.

El Minar-e-Jam era la imagen de Afganistán, su inclinada silueta figuraba en postales y calendarios. Con más de sesenta metros era el segundo minarete más alto del mundo después del Qutab Minar de Nueva Delhi, que había visitado años antes. Pero el Minar-e-Jam, erigido en el siglo XII, era casi 100 años más viejo que su hermano indio, tenía una doble escalera interior y las paredes decoradas con flores e inscripciones. Para rematar su atractivo, el monumento estaba rodeado de misterio. Los arqueólogos no sabían por qué se eligió aquel lugar deshabitado e inaccesible en medio del Hindu Kush. No podíamos dejar pasar aquella oportunidad.

Al amanecer, partimos en busca de nuestro minarete. El viaje de placer resultó más complicado de lo previsto. El camino nos eludía, con frecuencia tuvimos que conducir campo a través, temerosos de las minas, y atascamos los coches en zanjas invisibles bajo las matas. Los campesinos a los que preguntamos siempre respondían que faltaban cinco minutos, pero una hora después aún no habíamos llegado.

—Tendremos que preguntar de nuevo —le dije a Hakimi, uno de mis compañeros afganos.

—No vale la pena Jordi. Esta gente no tiene reloj, aquí el tiempo no existe. Creo que el minarete no quiere vernos. Dicen que fue construido en un lugar tan apartado para que nadie lo visitara.

Tras seis horas de valles y montañas la senda se convirtió en río. Un anciano nos aseguró que el pueblo de Jam estaba a una hora a pie a lo largo de la orilla. Él vivía allí y podíamos dormir en su casa. Dejamos los coches y echamos a andar. Dos horas después, con las botas empapadas, llegamos a Jam, una bucólica aldea con animales pastando entre frutales. Abbas, nuestro anfitrión, nos alojó en una estancia con estufa y vistas al río. Nos acostamos temprano. Al día siguiente caminaríamos hasta el minar de Jam y después partiríamos de regreso a Herat.

A las dos de la madrugada me sacudió un agudo dolor en el costado izquierdo. Comencé a retorcerme hasta gritar y despertar a los que estaban conmigo. La escena era patética. Tendido, llorando de dolor, rodeado de una decena de rostros barbudos iluminados por una lámpara de petróleo que murmuraban “bebe té, bebe té”. Vomitaba todo lo que ingería y ellos sólo me ofrecían té con azúcar. Té, la gran solución afgana a todos los problemas de salud! Entre punzadas me torturaba el destino: ¿por qué tenía que ocurrirme esto en aquel remoto lugar, justo la noche antes de visitar el ansiado Minar-e-Jam?

Al alba, Hakimi partió en busca de ayuda. Cuatro horas de dolor más tarde regresó con un milagro que encontró en el río. Un individuo que había trabajado en programas de desminado y tenía Temgesic, un calmante derivado de la morfina. Tomé cuatro pastillas de golpe y en cuestión de minutos estaba completamente drogado, feliz y sin dolor. Mi salvador explicó que era el calmante que daban a los

heridos por explosión de mina antipersonal. Perdías una pierna y aquellas pastillitas lo convertían en un evento indoloro. Me sentaron en un burro y de esta guisa recorrí el camino de vuelta a los coches. Fue un viaje de ciencia ficción. El sol me cegaba la vista, borrosas imágenes de agua, pastos y montes pasaban frente a mí a gran velocidad. Creí ver el Minar-e-Jam que nunca vi.

Dos días después llegamos a Herat, donde una avioneta me trasladó a Pakistán. Ingresé en el Hospital militar de Peshawar, una herencia colonial de tejas rojas y porches con flores. El doctor trajo los resultados.

—Has tenido un cólico nefrítico. El dolor que sentías era el paso de las piedras en el riñón a través del uréter. Reposa una semana.

Lo primero que hice fue ir a una farmacia y comprar una caja de Temgesic, un medicamento que seguro precisaba varias recetas en Europa. Desde la experiencia de Jam siempre viajo con él.

El último día de mi convalecencia Hakimi, de paso en Peshawar, vino a verme.

—¿Qué tal estás? —dijo mientras me daba la mano.

—Mucho mejor. Mañana regreso a Afganistán.

—Parece que una piedra del Minar-e-Jam se te metió en el riñón. Ya te dije que el minarete no quería vernos, que prefería seguir solo en su valle particular.

Jordi Raich

Escritor

Autor de Afganistán también existe, El espejismo humanitario y Guerres de Plàstic.

www.jordi-raich.com